

lámparas de oro, ó quizás doradas, que están suspendidas formando hilera entre las columnas.

Antes de Mahoma había en el sitio que ocupa la kaaba un templo célebre, punto de cita religiosa de todas las tribus de Arabia, que después de haber dado siete veces la vuelta al rededor del edificio sagrado, besaban con el mayor respeto la piedra negra, ofreciendo á las trescientas sesenta imágenes que había en el templo destruído por Mahoma, innumerables sacrificios de corderos y camellos.

La puerta de la kaaba sólo se abre tres veces al año: una para los hombres, otra para las mujeres y otra para limpiarla. Los peregrinos dan siete vueltas á su al rededor recitando plegarias y besándola cada vez. Las cuatro primeras vueltas han de hacerse con paso acelerado, á imitación del profeta, que al desmentir á sus enemigos que decían estaba enfermo de gravedad, se puso á correr cuatro veces al rededor de la kaaba.

En cierto lugar de ésta se encuentra el pozo de Zemzem, cuya agua lechosa es bebida por los peregrinos y empleada en las abluciones, siendo á la par considerada como un remedio infalible para toda clase de enfermedades. El jefe de los guardas del pozo es uno de los primeros ulemas de la Meca. Parece que esta ciudad debe su origen á este manantial. Los peregrinos van también á rogar al centro de la ciudad, sobre la colina de Szafa; después, á seiscientos pasos de allí, en Meruah, plataforma de piedra elevada á dos ó tres metros, la cual se sube por muchas gradas; luego fuera de la ciudad en las fuentes que alimenta el pozo Zemzem; y, finalmente, á seis kilómetros de la Meca, en la montaña de Omrah, lugar á que Mahoma iba con mucha frecuencia para pasar las oraciones de la tarde.

La Meca es conocida entre los árabes con los más pomposos nombres, siendo los más comunes: Om-el-Kora, *la madre de las ciudades*, el-Moscherefe, *la noble*, y Balaad-el-Emin, *la patria de los fieles*. Está situada en un valle estrecho y arenoso que se dirige del Norte al Sud, y que está cerrado por colinas de sesenta á ciento sesenta metros de altura. La ciudad permanece abierta por todos lados, y no se halla defendida más que por una fortaleza de construcción grosera, en la cual reside el scherif, situada en la cumbre de una colina llamada Djebel-Lala. Sus calles son regularmente regulares y arenosas, y sus casas de piedra, pudiendo afirmarse que es una bonita ciudad.

La única plaza pública que en ella se encuentra, es el vasto patio de la mezquita. No tiene tampoco árbol alguno á cuya sombra cobijarse, á pesar de lo cual, en la época de las peregrinaciones está animada

por la afluencia de los extranjeros y por el gran número de tiendas que contiene.

Las paredes exteriores de la gran mezquita, son comunes á las casas y otros edificios que la rodean por todos lados. El más digno de mención de todos estos edificios, es el Meckham, ó sea *casa de justicia*, bello edificio sólidamente construído, con altas arcadas en su interior. También se enseña en la ciudad el Mulad-al-Nebi, sitio donde nació el profeta, en el barrio que lleva el mismo nombre: consiste en un edificio circular, cuyo pavimento está ocho metros debajo del nivel del suelo de la calle, en dicho pavimento se enseña un pequeño hoyo, donde dicen estaba sentada la madre de Mahoma cuando le dió á luz. La casa llamada Muled-Sitna-Fatmé, se venera como el lugar donde nació Fatmé, hija de Mahoma, y en ella hay un cuarto que se enseña como el sitio donde el profeta recibía del ángel San Gabriel las hojas del Corán. En el gran cementerio del barrio llamado Ma-ala se encuentra el Kaber-Sitna-Khadidjé, ó tumba de Khadidjé, esposa del profeta.

La ciudad ocupa, con sus arrabales, una longitud de tres á cuatrocientos pasos. Sus calles están llenas de mendigos, sobre todo en la época de la peregrinación ó *hadj*, puesto que los peregrinos son los únicos que hacen limosna, de lo cual se abstienen la mayor parte de los habitantes.

A pesar de la santidad del lugar, la Meca está llena de prostitución. El célebre bálsamo, objeto de su principal comercio, es llevado á la Meca desde el interior de la Arabia, y se extrae de la planta que designa Linneo con el nombre de *Amyris balsamifera*.

El número de peregrinos ó *hadji* que van cada año á la Meca, es muy considerable; pero sería mayor, si los mahometanos ricos y acomodados considerasen como un deber dicha peregrinación. Hay muchos que envían en su lugar, mediante un salario menos costoso que el viaje, á un mendigo que no teme la fatiga, lo cual constituye, por otra parte, un oficio bastante lucrativo. Las peregrinaciones á la Meca forman seis ó siete caravanas: la de Damasco ó de Siria, la más importante, gobernada por un bajá; la de Egipto, dirigida por un bey, quien mientras llena sus funciones, recibe el nombre de emir-hadji; la de los árabes de Berbería, que se junta con la de Damasco algunas jornadas antes de llegar á la Meca; la cuarta, de Persia, sale de Bagdad, bajo las órdenes de un jefe nombrado por el bajá de esta ciudad; la quinta, proviene de Lahsa y del Nedjed; y, finalmente, sale una del país de Omán y otra de Yemén, sin tener en cuenta una gran multitud de

peregrinos que parten de la India, Java, Sumatra y aun de la Nubia y de la costa meridional del Africa.

Esta es la obligación más solemne para los musulmanes; la peregrinación á la Meca, la cual debe hacer, por lo menos una vez en la vida, todo creyente libre, con tal de que goce de cabal juicio, de buena salud, de mediana holgura y no se exponga á un gran peligro. «Aquellos que no la cumplan sólo faltan á sí propios, porque Dios de nada necesita.» Las caravanas llegan á Arabia por el tiempo de Bairam. Antes de ponerse en camino, se cortan los devotos las uñas, se recortan los bigotes y los cabellos, y enseguida practican las ceremonias usadas por el profeta. El jefe supremo de la religión, que es ahora el Gran Turco, provee á los gastos de la caravana Sagrada; regala numerosos vestidos á los árabes del desierto para que no la molesten y dejen subsistir los pozos en el camino; envía muchos camellos cargados de odres llenos de agua con una buena escolta, y nombra el emir-hadji ó principe de los peregrinos, cuya dignidad es vitalicia. Este emir recibe una asignación pingüe, sin hablar de los enormes beneficios por los camellos y caballos que alquila, de los tributos que impone á los mercaderes que quieren viajar en la caravana, y de la herencia que le transmiten los musulmanes que mueren en la travesía. Y mueren á miles al cruzar el desierto, ora por el simún, ora de sed, ora de enfermedades; especialmente el cólera ha sembrado aquellas abrasadas llanuras de millones de cadáveres horribles. Un cadí, versado en el conocimiento del Corán y de las leyes, falla sobre las disputas que se suscitan entre los peregrinos.

Prescriben los maestros á estos creyentes: multiplicar las prácticas de piedad y las oraciones; tratar bien á los conductores de camellos; bajar de las cabalgaduras en las cuestas muy pendientes á fin de no fatigarlas; no negar á nadie que se la pida una parte de sus provisiones, y abstenerse de disputas y de palabras obscenas. Cuando llegan á los límites de la Tierra Santa, se visten el iram sagrado, ajustando á su cintura una banda de lana, se echan por los hombros otro pedazo de telá, se descubren los peregrinos la cabeza, se calzan babuchas que no les cubren el talón ni la garganta del pié, y creen oír al camello de Mahoma que, invisible, aunque inmortal, saluda su llegada. Al acercarse al recinto venerado, cantan el telbiyé: «¡Héme aquí, oh Señor, pronto á obedecerte! Tu eres único, no hay asociación en tí; para tí las alabanzas; de tí las gracias; tuyo el universo, no tienes compañero.»

Está vedado perseguir á un enemigo dentro del territorio de la ciudad Santa, así como matar allí animales, á excepción de los que son

dañosos, y arrancar ó cortar una planta ó una rama de un árbol.

Hacen los peregrinos su profesión de fe sobre los montes Saffah y Mervah. «Saffah y Mervah son monumentos de Dios; el que haya cumplido la peregrinación de la Meca y visitado la Santa casa, estará dispensado de ofrecer una víctima expiatoria, con tal de que dé la vuelta á estas dos colinas. Aquel que haga más de lo que se preceptúa, merecerá el reconocimiento del Señor.» En seguida atraviesan el Makamer-Ibrahim, *habitación de Abraham*, de Mina á Arafat, en siete correrías: tres á paso lento, y cuatro con velocidad mirando hacia atrás y deteniéndose para imitar á Agar, buscando agua para Ismael. A la caída de la tarde se dirigen aceleradamente hacia Mozdalifah, á fin de llegar á tiempo para hacer allí la oración de la noche á ejemplo del profeta; pero hay muchos que perecen en la travesía sofocados ó aplastados por la indómita oleada de los devotos. Después de haber dado siete veces vuelta á la kaaba, se purifican bebiendo agua de los pozos de Zemzem, acompañando cada una de las acciones con oraciones rituales. Como sería una impiedad rehusar el agua ofrecida por el chaique Zemzem, custodio del pozo, los sultanes han hecho á veces uso de ella para envenenar á los que incurren en su desagrado.

Hecho todo esto, los peregrinos se rapan la cabeza, y los que vieron gallardos á la hora de la partida, haciendo oír cánticos de devoción y de regocijo, les ven volver extenuados por las marchas y por el ayuno, desgarrados, enfermos y diezmados. Cuanto más animado é imponente es el espectáculo que ofrece la peregrinación en sus primeros días, tanto más lúgubre y penoso es el aspecto que presenta al fin de la misma: á las fatigas soportadas durante un largo viaje, suceden las tristes consecuencias de los malos alimentos y de las posadas insalubres, que forzosamente deben llenarse en una ciudad como la Meca que, sobre todo en esta época, ofrece pocos recursos para el aumento de sesenta á setenta mil almas que experimenta su población, por cuyas causas unidas á la carencia algunas veces absoluta de víveres, se llena la mezquita de cadáveres y de moribundos que se hacen conducir á ella, á fin de sanar con la vista de la kaaba. Sin duda por esto, cuando un peregrino torna á sus hogares, es allí recibido por sus compatriotas con una especie de fiesta, y se le honra hasta la muerte.

Entre los lugares que visitan los peregrinos fuera de la ciudad, citaremos el Djebel-Abu-Kubeis, una de las más altas montañas que circuyen la Meca, que fué, según los árabes, la primera creada en la tierra.

Puede decirse que casi todos los habitantes de la Meca son extran-

jeros, á excepción de algunos beduinos ó de sus descendientes, que se han establecido en dicha ciudad, ó también de algunos antiguos árabes llamados scherifes ó descendientes de Mahoma. A cada peregrinación se establecen en ella algunos de los peregrinos que de ella forman parte; pero á pesar de esta mezcla, la población ha adoptado el mismo traje y las mismas costumbres, distinguiéndose tan solo los indígenas por una señal particular que los padres hacían á los hijos cuarenta días después de su nacimiento, consistente en tres largas cortaduras hechas en la parte inferior de cada mejilla y en otras dos en la sien derecha, cuyas cicatrices no llegan á borrarse jamás por completo. Durante el invierno los hombres de la clase alta llevan un *beniche* ó capa de baño, que sirve de sobretodo, y un *jubbe* ó pieza para el interior, de la misma tela; completando el traje un túnico de seda ceñido con un cinturón de cachemira, un turbante de muselina blanca y unas chinelas amarillas. En el verano un *beniche* de seda reemplaza al de paño. Las mujeres llevan ropas de seda de las Indias, grandes pantalones azules rayados y bordados con plata, sobre cuyas prendas colocan un ropaje ancho llamado *habra*, de seda negra, ó un *mellayeh*, igualmente de seda, pero con listas azules y blancas; cubren su rostro con un *bourko* azul claro ó blanco, y su cabeza, envuelta en una especie de turbante, se halla también oculta bajo el *mellayeh*. El concubinato entre ellos es general é increíble.

La Meca se halla bajo las órdenes de un gobernador, que goza de la categoría de príncipe, nombrado por el Sultán de Constantinopla.

Hay también pequeños estados soberanos en las montañas del Hedjar, pero los árabes que en ellos viven no habitan en tiendas como los de las llanuras; poseen ciudades y aldeas amuralladas y para su defensa tienen pequeñas ciudadelas situadas sobre rocas y montañas escarpadas. Entre estos estados se encuentra el distrito de Keiber, situado al nordeste de Medina y habitado, según se cree, por judíos independientes, sometidos á sus propios cheiks como los demás árabes. Inspiran los judíos de Keiber grande horror á los turcos, que los acusan de robar sus caravanas, según parece, esos judíos no tienen relación alguna con los que viven en las poblaciones situadas en los confines de la Arabia. Opina un historiador que pertenecen á la secta de los karaitas, cuyos individuos son más odiosos á los ojos de los judíos fariseos que los mismos mahometanos y cristianos.

La población de Tayef ó Taif, llamada el jardín de Meca, merece también una mención especial. Construída en el centro de una llanura arenosa, cuya vuelta puede darse en cuatro horas de marcha, encerrada entre montañas poco elevadas, llamadas Djebel-Chazonan. Ha adqui-

rido gran renombre en toda la Arabia por la belleza de sus jardines situados á los pies de estas montañas, llenos de rosales, de viñedos y de sinnúmero de árboles frutales. Es bastante bella y contiene dos mezquitas. Fué arruinada por los wahabitas en 1802, pero su restauración ha sido casi completa. Sus casas son generalmente pequeñas y de piedra; sus calles son más anchas que las de la mayor parte de las ciudades de Oriente, y sólo tiene una plaza pública, que sirve de mercado, situada frente á un castillo, mereciendo este nombre por ser mayor que los demás edificios de la población. Este castillo está situado sobre una elevada roca. Taif está rodeada de una muralla y de un foso que pueden recorrerse por poco aprisa que se ande en treinta y cinco minutos. Su población se compone principalmente de árabes de la tribu de Thequef, quienes abandonaron la vida nómoda para establecerse en ella. Sobre la cumbre de las montañas vecinas el frío es bastante riguroso para que algunas veces hiele en ellas. La población de Taif está á ochenta kilómetros de Djeddah. El gran cherif de la Meca reside algunas veces en una especie de cortillo ó de cortijo de las cercanías.

Djeddah ó Djiddah es residencia de un bajá ó gobernador nombrado por el Sultán de Constantinopla, y por su situación en las orillas del mar Rojo es el centro del comercio de esta parte de la Arabia. No obstante, tiene solo un pequeño puerto y una rada rodeada de arrecifes de madreporas; la costa es estéril y falta de agua, pero la ciudad, rodeada de arrabales compuestos de cabañas de juncos y de cañas, es bella y rica; sus calles no están empedradas, pero son grandes; sus casas tienen una elevación de dos pisos y están construídos de una piedra que se forma en el mar por la agrupación de políperos y corchas. Como esta piedra se descompone fácilmente por la acción continua de un aire húmedo, tal como el que se respira en esta costa, no es extraño que en Djeddah no haya edificio alguno de cierta importancia ni de alguna antigüedad, habiendo empero, varias mezquitas, dos de las cuales son de dimensiones considerables. Esta ciudad tendrá veinte mil habitantes aproximadamente y más del doble durante la época de las peregrinaciones y cuando los mercaderes afluyen á ella. Cada peregrino proporciona á Djeddah un aumento de población, tanto más necesario en cuanto el número de defunciones es mucho mayor en ella que el de nacimientos. Los djeddenses se dedican casi exclusivamente al comercio y muchos de ellos poseen considerables riquezas. Djeddah se halla desprovista de jardines y de vejetación viéndose en ella tan solo algunas palmeras que se elevan cerca de una mezquita: sus alrededores ofrecen el aspecto de un estéril desierto. Cerca de esta ciudad enséñase la tum-

ba de Eva, madre del género humano, que es un edificio mezquino, de forma cuadrada, que, á lo menos en su estado actual, no parece remon-
tarse á más de dos ó tres siglos.

Djeddah es el depósito en donde se reúnen las mercancías de Euro-
pa, como también las de las Indias orientales, y una gran parte de los
productos del litoral del mar Rojo.

Mientras reina el samún, el termómetro se eleva á 110°, y á 130°
en los bazares y en las calles; pero este viento no sopla en el Djeddah
más que pocas horas; dicese que en la Meca dura dos ó tres días y no
es extraño que los habitantes de esta ciudad sean víctimas del mismo.

En los días de calma se eleva, á las siete de la tarde, una brisa de
tierra que dura á menudo hasta el día siguiente á las tres, soplando
después en dirección nordeste y luego sudeste.

En la costa del Hedjaz, entre Mohilah y Djeddah, uno de los puertos
más frecuentados, es el Vuchk. El castillo del mismo nombre, á
dieciséis kilómetros al Este, sirve de estación durante dos días á la ca-
ravana de los peregrinos, formándose entonces una especie de feria.
Otro puerto, el de Cherm-Yambo, está habitado por una mezcla de
árabes, egipcios, sirios y otros pueblos.

El valle de Kubab parece ser el depósito natural de las aguas plu-
viales de la comarca: es un pequeño valle cubierto de pastos y de zar-
zales. En Ras-el-Sat causa admiración ver, entre los trozos de granito
descompuestos, un receptáculo natural de aguas pluviales, situado á
quinientos metros sobre el nivel del mar Rojo. En los alrededores de
Akabah, basta cavar un poco la tierra para tener agua de excelente
calidad.

Hallándonos en el teatro donde Mahoma desarrolló la acción del
más bárbaro y sangriento fanatismo, vencido y humillado á la larga de los
siglos por España, cuyo pendón cristiano, lábaro santo de la Edad Me-
dia, no será nunca suficientemente celebrado por la indiferente Europa,
no podemos resistir á la tentación de hacer un poco de historia.

Mahoma, nacido en la Meca y dedicado al comercio de las carava-
nas, recorrió la Siria y la Persia; estudió algunas costumbres y creen-
cias de aquellos pueblos, y á la edad de cuarenta años dió principio á
la predicación de su doctrina, mezcla bárbara, sensual é informe del
judaísmo y del cristianismo; engalanada con frases y preceptos de todo
punto bajos y sensuales, que convidan á la molicie asiática, al logro de
repugnantes vicios. Donde no alcanza la persuasión de su sensual doc-
trina, llega el filo de la sangrienta cimitarra; conquista á sangre y fuego
la Arabia, intenta dominar en todo el Oriente, envía embajadores á

todos los soberanos de aquellas regiones y en esta soñada victoria uni-
versal, su misma mujer le arrebató la vida por medio del veneno para
convencerse de su mortalidad. Renunciamos á transcribir las mil fábu-
las sacadas del Talmud babilónico.

A la muerte de Mahoma estalla un verdadero cisma entre los secta-
rios, y divídense en sumnitas y schiitas. Abu-Bekr, Omar, Othman y
Alí sucedieron á Mahoma, apoderándose de la Siria y de Damasco, de-
rrotando á Heraclio, conquistando á Jerusalén, venciendo á los persas
y preparando sus huestes contra el Occidente. Walid somete el Asia
hasta el Indo, y Tarick y Muza invaden la península Ibérica.

El árabe, poeta, guerrero sin generosidad, profeta sin milagros,
ostentando entre sus ruinas una religión sin misterios, un culto sin
sacerdocio, una moral fundada en los deleites, una misión sin más cre-
denciales que el exterminio, sacrificó más víctimas que todas las anti-
guas creencias. El islamismo comienza por una tribu, y de en medio
somete por la fuerza cuanto se comprende entre el Tigris y el Eufra-
tes, la Siria, la Palestina hasta el Mediterráneo, y las fronteras del Asia
Menor, hasta el Tauro; poco después se dilata por las costas del Africa,
y amenaza á un mismo tiempo la Persia y la España, la India y el
imperio de Bizancio; ni dejará la cimitarra hasta que embotado trate
en vano de darle nuevo temple con la civilización europea.

Es aquella misma raza que sucumbió con Cartago; es la misma lu-
cha, renovada bajo el aspecto de dos religiones; es otra emigración, pero
no lleva en pos de sí la libertad como la septentrional, ni humillará,
como ésta, sus armas al frente de la Cruz; antes por el contrario, lo
que desea es anonadar la florida civilización del Occidente, y establecer
el despotismo en las cosas temporales y espirituales, y la esclavitud y
la humillación de la mujer. Africa y Asia pierde entonces cuanto ha-
bían adquirido de Europa; mas por fortuna el pendón del islamismo tro-
pieza en Oriente con los muros de Constantinopla, y en occidente con la
Francia de Carlos Martel, y la tizona del Cid.

Abramos una de las más bellas páginas, la más bella quizás, de
nuestra historia patria; al presenciar el fanatismo religioso, las mezqui-
tas aquellas, cuyas piedras repiten la exclamación de Mahoma en el
momento febril, en los estertores de su agonía: «¡Malditos sean los ju-
dios que convirtieron en templos las sepulturas de sus profetas!» El es-
pañol no puede dejar de recordar el heroísmo de nuestros antepasados,
los hechos victoriosos que de modo tan elocuente demostraron que si la
ilusión estaba de parte de los hijos del profeta, de parte de los morado-
res de nuestra península estaba Dios.